

pronto, en el penúltimo capítulo, titulado «Rodeos hacia una conclusión», el paisaje cambia radicalmente y asistimos a un lúcido repaso de ciertas discusiones científicas muy recientes que van de la cosmología a la biología pasando por la inteligencia artificial. El lector impaciente acaso confirme el título de Hozven: sí, Paz viajero del presente. Pero, con mal humor, agregue: viajero de las analogías atolondradas, viajero de las analogías desbocadas, viajero de las analogías sin rumbo... pues todas estas investigaciones y especulaciones científicas ¿qué diablos tienen que ver con el erotismo y el amor? Además ¿por qué un poeta se pone a hablarnos de la concepción biológica de la mente y de las computadoras? Quien deje las demarcaciones estrictas entre las disciplinas enteramente a los bibliotecarios y siga leyendo, poco a poco, encontrará respuesta a estas zozobras. Lo que a Paz le preocupa, lo que a muchos de nosotros nos preocupa, es, por decirlo así, el alarmante adelgazamiento de la palabra «persona» o, si se prefiere, lo que inquieta son las progresivas dificultades en torno al concepto de persona, concepto que ha sido el presupuesto no sólo de todos los discursos sobre el erotismo y el amor, sino en general, el necesario presupuesto de casi todos los pensamientos acerca de nosotros mismos y de quienes nos rodean, el presupuesto efectivo tanto de nuestras meditaciones más íntimas acerca de quienes, en verdad, somos, como de la vida social y política. Si ese presupuesto se encuentra naufragando y hasta peligra con desaparecer, si, para decirlo con terminología filosófica, el paradigma «persona» deja de ser un concepto primitivo para convertirse en un concepto reducible a otros conceptos, por ejemplo, reducible al concepto de organismo o al de máquina ¿qué pasaría, entonces?, ¿qué pasaría con nosotros?... Esto es ¿qué pasa con nosotros en un universo en donde la investigación científica parece ya no hacerle más lugar a las personas?... Paz, pues, viajero de las analogías razonables y de las preguntas del presente, viajero de las perplejidades del presente y viajero con rumbo: viajero que *indica rumbos*.

**Carlos Pereda**

## El crepúsculo del deber

**L**a compleja situación contemporánea ha reclamado una revisión de los diversos factores de poder en el nuevo marco del globalismo. En este sentido, la historia económica como instrumento de trabajo ha debido adecuarse y, sobre todo, flexibilizarse ante la evidente importancia que adquieren factores de índole étnica y religiosa. La dialéctica de la globalidad económica y las diferentes manifestaciones de las culturas locales, han conformado en el plano académico y político un enorme mosaico caleidoscópico cuyos parámetros aún no son claros. Gracias al confort intelectual que brindaba el *status quo* impuesto por la confrontación Este-Oeste desde 1945, el análisis internacional desarrolló diversas teorías y métodos tanto para enfrentar como para mantener una determinada visión de las cosas. Cualesquiera que fuesen, todas ellas compartían la certeza de que el mundo era uno solo y como tal, sus manifestaciones no sólo podían sino que debían tener cabida en el proceso universal y ascendente de la Historia, así con mayúscula. Hoy en día, al borde del segundo milenio, el análisis internacional es presa del desconcierto, pues comienzan a captarse las luces de alerta que desde hace años emite el mundo académico, previniendo sobre la seria posibilidad de que la Historia deba reconocer su carácter mítico, así con minúscula, y que, en consecuencia, la manifestación de las singularidades en el mundo, bien pueden ser algo más que elementos constitutivos de las aspiraciones omnicomprendivas del pensamiento europeo de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Esta situación ha provocado que en el seno de las sociedades metropolitanas se esté llevando a cabo un

audaz proyecto de reformulación y prospección de la condición cultural vigente. Este proyecto, por su propia naturaleza, nos toca muy de cerca a quienes formamos parte del conglomerado occidental periférico, toda vez que al redefinir las sociedades centrales las categorías y manifestaciones de su corpus axiológico, nos ponen sobre aviso del lugar que nos habrán de otorgar en el nuevo escenario político, económico y, por supuesto, cultural en formación. Puesto de otra manera, este colosal ejercicio de redefinición emprendido por Occidente implica otro no menos colosal: la redefinición de lo que no es Occidente; en ambos casos la cosa nos atañe.

El debate en torno a las ideas generadas por esta revisión se ha agudizado al término de la guerra fría. Cabe pensar que así como la derrota de Cartago le significó a Roma repensarse ante el vacío y, en consecuencia, ante la idea de su propia muerte, para Occidente la caída del muro de Berlín ha vuelto una cuestión vital la tarea de repensarse como cultura y, en fin, como proyecto histórico. A la caída de Cartago, Roma tuvo a Polibio. A la caída del muro de Berlín, Occidente tiene, entre otros, a Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Sloterdijk y, claro está, a Gilles Lipovetsky.

Nacido en París en 1944, el profesor Lipovetsky se forma en las filas del grupo de militancia intelectual «Socialisme ou Barbarie». Desde hace algunos años imparte su cátedra en la universidad de Grenoble y en ella se ha abocado al estudio de las manifestaciones culturales de la sociedad liberal y, en particular, al replanteamiento del individualismo. Su obra es modesta en número, pero de incuestionable importancia. En 1983 sale a la luz en la editorial Gallimard su primer libro, *L'ère du vide*, una serie de ensayos íntimamente vinculados entre sí en donde establece con claridad la hipótesis inicial de trabajo que habrá de desarrollar en sus obras subsecuentes: el individualismo como nuevo estadio propio de las sociedades democráticas en cuyo marco se llevará acabo la reorganización social, cultural, psicológica, económica y política de finales del siglo XX. A este libro le sigue, en 1987, *L'Empire de l'éphémère*, también en Gallimard, un estudio sobre la moda como elemento central del proceso que determina desde la producción y consumo de objetos hasta los cambios

ideológicos y sociales. Finalmente, en 1992, la misma editorial francesa publica su obra más reciente, *Le crépuscule du devoir*.

*Le crépuscule du devoir* continúa la exploración del individualismo contemporáneo planteado en las obras anteriores. Sin embargo, en este libro el autor da un viraje en su enfoque. De un análisis próximo a la perspectiva semiológica pasa a la construcción propositiva de un nuevo marco axiológico. Lipovetsky se adentra en los dominios de la ética en busca del espejo donde el espíritu occidental de nuestro tiempo se contempla para autodescifrase. El libro de Lipovetsky contiene en cifra la propuesta para una nueva moral posterior a los moralismos religioso primero y laico después en Europa, un nuevo código de conducta que, ubicado en los parámetros del hedonismo, el espectáculo y el consumo, se asume como la «ética indolora de los nuevos tiempos democráticos». Es allí, en el campo de la ética donde adquiere coherencia el debate de temas tan aparentemente inconexos como el aborto y los actos de caridad masiva a través de multitudinarios conciertos de rock, la eutanasia como derecho a la muerte y las cruzadas contra la droga, el tabaquismo y el acoso sexual. Todos estos asuntos y más, aparecen vinculados como una nueva forma de lealtad social a partir de la preservación a ultranza de la individualidad. Fin de las utopías sociales y fin del sacrificio personal en aras del prójimo; fin del imperativo moral, sí, pero no el fin de la moral, sino el comienzo de un nuevo estadio de la moralidad occidental.

El análisis de Lipovetsky enfrenta de entrada una paradoja por demás interesante: si vivimos la cultura de la introspección individualista y del interés personal en todos los dominios de la vida en sociedad, ¿cómo explicar la aspiración colectiva a la moral? En las sociedades que apuntan a un nuevo código ético se vive una dualidad. Por un lado, hay un consenso sobre la necesidad de una moralización de la vida política y social, sobre el porvenir planetario, el trabajo y los valores profesionales, en resumen: los dones filantrópicos parecen permear. Por otro, vivimos el reino del dinero, la fiebre de la competencia y la recurrencia de la corrupción generalizada. Dada su obvia complejidad, la respuesta contiene en su desarrollo un ejercicio de

simultánea afirmación y negación de la tradición cultural lo cual confiere al texto un dinamismo que acentúa su interés y el deleite de su lectura.

El autor estima que entre 1700 y 1950 el Occidente pretendió sentar las bases de una moral independiente del dogma religioso. Este primer ciclo de secularización ética, empero, no pudo desentenderse de la noción de la deuda infinita y, consecuentemente, de la convicción del deber como imperativo absoluto. La modernidad acaba con el deber moral fundamentado en Dios e inaugura una nueva etapa en la que se parte de la afirmación de deberes *obligatorios* ajenos a los dogmas de cualquier revelación religiosa y libre de toda tutela divina. En ese sentido, el deber religioso es sustituido por el deber ciudadano y el acceso a la virtud se hace posible a creyentes y no creyentes. Aún más, la misma congruencia religiosa queda sujeta al cumplimiento del deber ciudadano y desvinculada del rito adulatorio *per se*. De lo anterior se desprende que ni la gloria de Dios ni la vida eterna puedan justificar ya los crímenes que violan los principios de la razón práctica. *Tout dogme particulier, soit qu'on l'avance comme contenu dans l'Écriture, soit qu'on le propose autrement, est faux, lorsqu'il est réfuté par les notions claires et distinctes de la lumière naturelle, principalement à l'égard de la morale*, escribe Bayle en 1686 en su *Commentaire philosophique*. Los valores de la tolerancia, la libertad de consciencia y el derecho a la conciencia equivocada encuadran el advenimiento del hombre como fin de la religión e imperativo moral. Un siglo después, nos recuerda el autor, Montesquieu, Voltaire, el abad Saint-Pierre no dirán lo contrario.

Así las cosas, las primeras democracias idealizaron la obligación moral encarnada en las obligaciones del hombre y del ciudadano. Durante un cuarto de milenio se profesó en Occidente el culto a las virtudes laicas y se predicó la obligación del sacrificio personal en pro de la familia, de la patria o de la historia. En este sentido, los modernos en buena medida trasladaron las obligaciones de la esfera divina a la humana y profana en la forma de deberes incondicionales hacia uno mismo, hacia los otros y, en fin, hacia la colectividad. Ahora bien, cuando el culto al deber se extingue, aparentemente quedamos a la deriva en un mar donde todas las

virtudes sufren una merma generalizada. Sin embargo, en realidad lo que sucede es que penetramos en la yuxtaposición de un proceso desorganizador y otro de reorganización éticos a partir de normas fundamentalmente individualistas: un caos organizador que por primera vez privilegia genuinamente la noción de individuo. Esta situación implica la convivencia conflictiva de dos lógicas individualistas. De un lado, el individualismo sordo y vulgar; de otro, el individualismo sujeto a reglas morales y con visión de futuro. Es precisamente en torno a este conflicto que Lipovetsky califica como «estructural», donde se pone en juego el porvenir de las democracias típicamente occidentales. De la capacidad de hacer retroceder el individualismo descarnado, de redefinir las condiciones políticas, sociales, escolares y empresariales; en breve: de la capacidad de fomentar un individualismo responsable, dependerá el éxito o el fracaso de la democracia como forma de convivencia.

En la actualidad, en cualquier esfera de la vida en sociedad, en la política, la moral o la economía, los derechos soberanos del individuo se anteponen: los derechos del hombre, derecho al placer, el derecho al libre cultivo de los intereses privados. Hasta los años cincuenta los derechos del individuo habían estado contrabalanceados por una extraordinaria idealización del deber ser. Hoy en día la «militancia del deber» ha sufrido una mutación importante que la ha convertido en un consumo interactivo e incluso festivo de los buenos sentimientos como derechos subjetivos, de la calidad de vida y la autosatisfacción. Tales son las aspiraciones que en términos generales orientan la cultura occidental contemporánea, ya no el imperativo de la virtud. En la actualidad los valores que reconoce en su cotidianidad el Occidente encuentran su definición en un carácter más negativo (no hacer) que positivo (deber ser).

En unos cuantos años, la civilización occidental ha transitado del deber al desear; en términos de Lipovetsky, a una cultura del amor a sí mismo que en muy buena medida nos redime de la represión y del control autoritario. Esta cultura a la cual el autor designa como posterior al moralismo (*postmoraliste*) en modo alguno implica la carencia de una moral. El neoindividualismo es simultáneamente hedonista y ordenado, ávido de autonomía y poco inclinado a los excesos, contrario a las consignas